

# LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO.

ESTE PERIÓDICO  
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20,  
24, 28, y último de cada mes.

DIRECTOR:  
**ANTONIO G. LLORENTE.**

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
PLAZUELA DE STA. CATALINA DE LOS DONADOS,  
núm. 2, cuarto bajo.

## ¿SE PIERDE CUBA?

Si durante la guerra civil que promovió D. Carlos de Borbon, despues de la muerte de su hermano, hubieran aspirado algunos de los escritores en la capital de la monarquía ó en algunas otras ciudades de la nacion á crear atmósfera favorable al pretendiente, debilitando el partido de la huérfana que dormía en la cuna, ¿cuál hubiera sido el grito que mejor hubiese servido para lograr el triunfo de esa idea y que más hubiese correspondido á ese deseo? A nuestro modo de ver, el de «LA CAUSA DE ISABEL SE PIERDE.»

Esas palabras, aun pronunciadas con inocente intencion, habrian infundido desaliento en muchos corazones; habrian llevado la duda á muchos espíritus y habrian dado ánimo al bando contrario. Afortunadamente, para la hija de Fernando VII, esa frase sólo salía de los labios de sus enemigos, y sólo se estampaba en los periódicos que veían la luz allí donde imperaban las fuerzas carlistas; porque no desconfiaban del éxito de la lucha, ni querían disminuir el prestigio de la causa de la joven Reina, los que con las armas ó por medio de la prensa venían defendiéndola. Y téngase en cuenta que era una cuestion politica, la que se ventilaba y no una cuestion nacional.

Esa observacion y ese recuerdo nos sirvan de proemio al presente artículo.

Sin que sea nuestro propósito suponer dañada intencion en los que ven las cosas de Cuba por distinto prisma que nosotros, no podemos dejar de consignar aquí con toda la sinceridad de nuestra alma, que ese grito lanzado á la ventura con referencia al estado de aquella provincia, por más que sea la expresion de un juicio erróneo formado de buena fé, aunque no exista motivo para que se levante, puede ser desfavorable, no sólo á los intereses de ese país, sino á los de toda España, porque dará quizás impulso á los debilitados restos de la rebelion anti-

nacional que existe en la grande Antilla.

«Cuba se pierde,» se dice con una irreflexion, que nos abstenemos de calificar, mientras no comprendamos bien el pensamiento que preside en los que tan descorazonados se manifiestan; y nosotros contestamos llenos de fé y con esa energía que reside en los hombres de nuestra raza: Cuba no se pierde.

Para que tan inmensa desgracia pudiera sobrevenirnos á los que hemos nacido en aquella tierra, seria preciso que el pueblo español admitiera que la insensata idea de independencia que los separatistas proclaman, tiene algo de justo y de conveniente para él ó para los naturales de Cuba; pero como no es así; como ni en los buenos españoles de la Isla, ni en nuestros hermanos de la Península; ni en el Gobierno de la nacion puede hallar cabida tan insensata creencia, es, no digamos difícil, imposible que tengamos que abandonar expatriados, siendo el escarnio de los demás pueblos, ese suelo tan feliz en otros dias, conmovido por pasajeras turbulencias hoy y en que España aunque solo fuera por su honra, debe conservar, mal que les pese á muchos, su bandera y su dominacion.

Cuba no se pierde, repetimos, por mas que esté minado en cierto número de sus naturales el sentimiento de nacionalidad, al extremo de no apreciarse á sí mismos y de querer por una absurda obstinacion labrar su ruina con su funesta independencia de la madre patria, independencia que seria la humillacion y el aniquilamiento propio; y por mas que falte en los que de las cuestiones de aquel país se ocupan el deseo ardiente de excitar el vigor y la constancia de nuestro pueblo para que no desmaye en su noble decision de sostener sus derechos, de los que es imposible despojarles, ni en el terreno de las discusiones pacíficas, ni por medio de las armas.

Nosotros, que valiéndonos de las palabras de un periódico de esta capital, «sin

hacer la política vulgar y pequeña de apodos y de dictérios; cuidando de la conveniencia de los intereses generales, sin menospreciar las exigencias de la época, ni las prescripciones de los eternos principios de la justicia,» tenemos la imprescindible obligacion de desvanecer los conceptos equivocados en que quieran fundarse asertos, que acaso serian creidos por algunos de los que desconocen lo que á la insurreccion de Yara se refiere, vamos á demostrar:

Que se incurre en grave error al decir que el partido de la rebelion «pelea por su libertad y autonomia, y por no contentir en que continúe ni un sólo dia el régimen militar, arbitrario y egoista que lo anula y que lo aleja de la gestion de intereses, en los cuales tanta participacion tiene:

«Que es tambien una equivocacion absoluta adelantar que impaciente el pueblo de Cuba, lleno de desconfianza, des pues de haber sido en muchas ocasiones engañado, y temeroso de serlo nuevamente, acudió á las armas para conseguir por la fuerza lo que no creia obtener por la conviccion y las súplicas.»

Y que se ofende sin razon y sin excusa plausible, al partido peninsular, que con justicia reconocemos como partido leal allí, contando en él á los naturales fieles á su bandera, al imputarle que «sólo pelea por no perder toda su importancia, y por no quedar reducido á la nulidad con las reformas liberales.»

Los insurrectos de Cuba no quieren libertades, ni Gobierno autonómico dentro de la nacionalidad española, ni luchan por alcanzar con las armas lo que se dice que no creían obtener por medios pacíficos.

Se ha venido propalando eso públicamente ó por ignorancia de los hechos ó por cálculo, y posible es que se haya preparado la opinion en algunos de tal modo que sea mas que conveniente, necesario rectificarla con la exposicion de los



acontecimientos y con el auxilio de valiosas pruebas.

Mientras el Gobierno y los habitantes leales de Cuba, dormían en la confianza de que las aspiraciones del grupo descontento se limitaban á conseguir esas reformas y mejoras en la administracion política y en las instituciones sociales del país, que condujeran no solo al mayor bienestar, sino á su más completa seguridad y al acrecentamiento de la concordia que manifestaban los ocultos separatistas, estos, minando la fidelidad de los habitantes de los campos, preparaban el movimiento insurreccional que al fin estalló en la parte oriental de Cuba.

De antiguo venían los fingidos reformistas escogiendo y ensayando proyectos para acercarse á su objeto; pero no sean creídas nuestras palabras, sino las de la misma *Junta Cubana* establecida en Nueva-York, que se expresaba en su periódico oficial titulado *La Revolucion*, en estos términos:

«Es un hecho fuera de toda discusion, que desde que nuestros hermanos del continente meridional se emanciparon, prendió en Cuba la chispa de la independencia; planes, mejor ó peor urdidos, se pusieron en ejecucion, que abortaron y paralizaron por algun tiempo la marcha de la revolucion cubana. Los independientes enarbolaron despues la bandera de la reforma, bandera cuya elasticidad era ilimitada, y bajo cuyos pliegues se ocultaban las aspiraciones de algunos de los mas ardientes patriotas y de no pocos de los enemigos de España. El progreso es lógico; pasado el primer momento de efervescencia, se hundió el reformismo, surgiendo con más vigor y fuerza la idea siempre acariciada de la independencia; y en la intimidad del hogar unas veces, en el recinto de las lóginas masonicas otras, en el periodismo siempre, en la Cátedra, en las Academias y Liceos, en todo, en fin, burlando la vigilancia del Gobierno, se regó la semilla y se aguardó tranquilamente á que germinara y produjera sus naturales frutos.»

Despues de conocer esa confesion espontánea de los jefes del insurgentismo en Cuba; consignada en el periódico que en el extranjero publica, como órgano de sus sentimientos y de sus deseos, ¿habrá quien crea que en el partido insurrecto hay la menor idea de aceptar la nacionalidad española, bajo este ó el otro sistema de administracion, por liberales que sean sus prácticas y sus principios? ¿Habrá quien sostenga la peregrina especie de que el insurgentismo en Cuba no hubiera nacido, si las libertades que proclamó la revolucion de Setiembre en la Península, se hubieran extendido á aquella Antilla?

¿Pues qué? No se les concedieron pron-

to, amplias hasta el extremo que podían concederse, cuando aun no estaba formulada la Constitucion que ahora rige en la nacion? Si á gozar de ellas se limitaban las aspiraciones de los fingidos reformistas y de los que se alzaron en armas, ¿por qué no se agruparon los unos en torno del jefe que llegó á Cuba á satisfacer esos supuestos deseos, y por qué continuaron los otros sus odiosas depredaciones y sus alevosos ataques contra la hacienda y la vida de tranquilos españoles, que en su buena fé creyeron al principio una demostracion de liberalismo, lo que realmente era la explosion de la traicion, y que permaneciendo en las localidades invadidas por los insurrectos, fueron despojados y sacrificados por el sólo delito de haber nacido en la tierra de los padres de aquellos hombres desnaturalizados?

Gobernaba en Cuba el general Lersundi en los dias en que Isabel II cayó del trono, y por razones de que no nos ocuparemos hoy, esa autoridad esperó prudente y previsora, á que el supremo Gobierno usando de las facultades con que el pueblo le habia investido, resolviese sobre las gravísimas cuestiones, cuya solucion violenta, precisamente habia de provocar terribles conflictos en una provincia trabajada por el insurgentismo, y que encerraba en su seno grandes gérmenes de disolucion social. Y acertada fué la conducta de ese jefe, al que no nos unen ni afecciones personales, ni relaciones políticas; pero que como digno español, mantuvo, rodeado de inmensas dificultades, unido á su metrópoli, aquel suelo que amamos, y cuya ruina supo evitar entónces, sin mas recursos, puede decirse así, que su energia y su lealtad.

Limitada se hallaba aun la insurreccion á un corto espacio, cuando el general D. Domingo Dulce llegó á la Habana, autorizado para abrir á los habitantes el camino al goce de los derechos que la revolucion de Setiembre concedia á todos los españoles. Queremos guardar el respeto que algunos reclaman hácia los que ya no existen y por más que pertenezcan los actos de ese jefe al dominio de la historia y puedan ser examinados por cuantos les plazca hacerlo así, nos abstendremos de juzgarlos, atendiendo siquiera á que ya no puede defenderse de los cargos que se le dirigieran, y nos concretaremos por ahora á recordar sus disposiciones en lo que se relacionan con lo que motiva este artículo.

El general Dulce llevó á Cuba las libertades á que nos hemos referido.—Un favor providencial para la salvacion de aquella tierra fué cada uno de los decretos dictados por él, declarando libre la prensa, concediendo el derecho de reunion y llamando á los habitantes á inscribirse en las listas electorales

para la eleccion de los diputados que debían representarles en la Asamblea nacional.—Decimos que fué un favor providencial para Cuba cada una de esas disposiciones, porque su salvacion fué consecuencia de ellas como vamos á explicar.

Los hombres leales, en su buena fé habian saludado con regocijo la nueva era que á su juicio se abría para el país, estableciéndose un sistema que creían iba á reforzar los lazos de familia, destruyendo hasta los menores vestigios del descontento, que habian notado en algunos de los naturales; pero apenas el nuevo régimen se anunciaba cuando reconocieron su error, adquiriendo la triste, pero utilísima conviccion de que aquellos que se decían españoles y pedían modificaciones en la organizacion política de Cuba, obtenidas estas, léjos de estar conformes con ellas, aspiraban á la independencia y á la desmembracion del territorio pátrio.

Alentados los separatistas, y con una expontaneidad, que hoy lamentarán sin duda, revelaron en incendiarios periódicos sus traidores deseos.

Ante la presencia de la autoridad, lanzando el insulto al rostro de los españoles, y arrastrando por el fango cuanto era para nosotros recuerdo de gloria, desahogaron su encono, é incurrieron en el delito de infidelidad á la pátria. ¿Podíamos permanecer por más tiempo engañados? No: la venda cayó de los ojos de los que más confiaban en anteriores protestas de españolismo y todos comprendieron que el reformismo, era la máscara con que ocultaban sus aspiraciones los alevosos enemigos de España. En ese momento vino la reaccion al ánimo de los buenos; no la reaccion supuesta contra las mejoras y libertades que dentro de la esfera del orden se hubieran recibido por ellos como un bien; sino la reaccion contra la doblez, contra la deslealtad hasta entónces encubierta y desde entónces claramente revelada; la reaccion contra la ingratitud y la perfidia.

Cuando nosotros, testigos de los sucesos, recorremos esas publicaciones, que conservamos en nuestro poder, y recordamos que los antiguos reformistas alentaban y atizaban la rebelion separatista, en los momentos mismos en que el poder español les concedia amplias libertades y cuando en todo igualaba el país á la Península, y al propio leemos que los insurrectos en Cuba «acudieron á las armas para conseguir á la fuerza lo que no creían obtener por la conviccion y las súplicas.» ¿Qué juicio debemos formar de los escritos en que estos errores se consignan?

Que se desconocen los antecedentes de las cuestiones sobre que tan equivocadamente se trata ó que se oculta el conocimiento que se tiene de ellos. En el primer extremo debe guardarse un silencio prudente; en



el segundo se falta á la ley del patriotismo.

Obligacion nos hemos impuesto de contradecir esos errores, y habremos de cumplirla. Sepa por nuestra voz el pueblo español que el insurgentismo en Cuba no aspira á más ó ménos libertades, á estas ó á las otras reformas, sino á desterrarle ignominiosamente de América; que ese es el verdadero anhelo de nuestros adversarios; que la tendencia inocente ó intencional, de los que más ó ménos directamente favorecen á los rebeldes declarados ó encubiertos, es la desmembración del territorio pátrio; y que el cumplimiento de tan incalificables aspiraciones traería á nuestro pueblo oprobio hoy y daños incalculables para el porvenir.

Dícese que el inmenso, industrioso y digno partido que forman los hombres leales en Cuba, es reaccionario y se opone á las reformas justas, convenientes y oportunas que reclaman la civilización y el espíritu de esta época. No es verdad. Allí se piden, se desean, se ansian cuantas modificaciones estén de acuerdo con el principio sagrado, que ese partido idolatra: y que es la conservación del honor y de la existencia del poder de España en el Nuevo Mundo. ¿Hay un sólo buen español que repudie ese lema?

Suspenderemos por hoy la refutación de las ideas que hemos condensado al principiar tomándolas de publicaciones recientes de esta capital, para continuarla en los próximos números de este periódico, protestando al terminar este artículo que respetando siempre á las personas, es nuestra invariable decisión esforzarnos en desvanecer con el lenguaje enérgico de la verdad, los escritos que se enderecen á preparar la opinión contra los derechos de la causa á que servimos.

## LOS VOLUNTARIOS DE CUBA.

Pesadilla eterna de los que en mayor ó menor grado simpatizan con la rebelión iniciada en Yara, son los voluntarios de Cuba: y á fé que hay excusa para que los defensores de la causa nacional en esa isla, hagan penosos los sueños y desagradables las vigiliás de nuestros enemigos, cuando en su imaginación les ven oponiéndose como insuperable valladar á los embates del separatismo. Los voluntarios de Cuba son para los partidarios de la bandera insurgente, la pena de Sísifo que no pueden arrojar del otro lado de la montaña, que les cierra el paso, que amenaza aplastarles de continuo y que solo se contiene por la fuerza de la cordura y de la dignidad de cada uno de los que forman ese imponderable peso.

No es posible destruirlos; son muy valientes para que se piense en acometer la empresa; no es dable alucinarlos más; las lecciones de la experiencia les han enseñado á ser más desconfiados, á no dejarse llevar de esas hipócritas protestas que ántes estaban siempre en los labios de los disfrazados insurgentes; no se les

compra con oro, con distinciones, ó con promesas de engrandecimiento; el oro lo obtienen con su laboriosidad y su constancia en todas las esferas del trabajo, de ese trabajo que enaltece y que crea sentimientos de noble orgullo; las distinciones que aprecian son las que conquistan con su esfuerzo por adelantar en las carreras honrosas de la industria; las promesas de engrandecimientos, son palabras sin sentido para los que crecen en fortuna fertilizando el suelo con su sudor y adquiriendo el bienestar con sus fatigas.

Centinela vigilante, pronto á todas horas á lanzarse al peligro y á la muerte, si vé su nacionalidad amenazada, el voluntario de Cuba es el español verdadero, el español de Bailén y de Gerona, el español incansable en las labores de que nace la riqueza, el español sóbrio y prudente, personificación exacta de nuestro pueblo, nacido entre él, orgulloso de recordarlo y enemigo de cuanto cause agravio á su familia y á su bandera. Nosotros, á quienes la desgracia nos imposibilitó para compartir ahora con esos valientes las penalidades de la campaña, formamos en pasados días en sus filas, y nos envanecemos con ese recuerdo.

Los voluntarios de Cuba, con su actitud enérgica, imponiendo á los rebeldes que osaron atentar á la tranquilidad de las ciudades allí, y ofreciendo sus personas y su hacienda y realizando esas ofertas, han salvado á la Isla y han impedido que esa inestimable provincia se perdiese para España.

Por eso son calificados por los separatistas de insubordinados, de sanguinarios, de opuestos á las reformas que á la Isla sean convenientes, y de fuerza que hace presión sobre las autoridades que gobiernan en Cuba. Es que el insurgentismo no puede perdonales que hayan hecho fracasar los planes de la rebelión y que con abnegación admirable, posponiendo sus intereses y su seguridad, ante los intereses y ante la seguridad general, hayan mantenido el orden y el respeto á las instituciones patrias.

Para tener un conocimiento exacto de esa milicia, es preciso saber que forman en ella negociantes, propietarios y hombres de todas las facultades; confundiendo el acaudalado comerciante con el dependiente, el propietario con el letrado, y el alto funcionario con el particular, sin que les impulsen á unos ó á otros ideas de engrandecimiento, esperanzas de alcanzar distinciones, ó ambiciosas aspiraciones.

Si el espíritu nacional no se hubiera pronunciado tan manifiesto y tan unánime en los hombres leales en Cuba; si estos hubiesen conservado cerradas sus arcas y en ellas las importantes sumas que han esparcido á manos llenas para hacer frente á la formación, al armamento y al sostenimiento de los brillantes batallones de esa milicia que cuando el país se hallaba casi sin guarnición, suplió la falta de tropas regulares; si atendiendo á la conservación de sus fortunas, hubiesen cuidado de guardar los valores que tenían á su disposición; si en las tristes noches de Villanueva y del Lourre y en los días en que la cobardía rebelde disparaba á mansalva, desde el interior de las casas y oculta tras las persianas y en las azoteas, sobre los soldados transeúntes, perpetrando así alevosos asesinatos, ese espíritu nacional, esos hombres verdaderos patriotas, esos voluntarios á quienes tanto debe la patria, no se hubieran lanzado á castigar tantos desmanes y á reducir al círculo del deber á nuestros contrarios, ¿qué sería hoy de Cuba? ¿España dominaría en ella? No. Cuba se encontraría entregada á la más horrorosa anarquía, y el poder español habría sido quizás arrojado ignominiosamente de esos últimos restos de su antigua grandeza en el mundo por él descubierto y civilizado.

Hay una original paridad en los términos que emplean los periódicos insurgentes *«La Revolución»*, impreso en Nueva York, *La Libertad*, impreso en Nueva Orleans y *El Republicano*, impreso en Cayo Hueso, Estados Unidos, y entre algunas otras publicaciones que ven la luz en lugares adonde no debiera circular nada que denigrase á los valientes ciudadanos que han sostenido incólume nuestra bandera; paridad que no podemos explicarnos, y que acaso comprendan algunos de nuestros lectores; pero que no por eso deja de llamarnos la atención, y que deseáramos sinceramente no haber encontrado nunca en escritos de tan apartadas localidades y que tan opuestas ideas dicen que sostienen.

No quisiéramos que violentando el sentido y la intención de nuestras palabras se hiciese de ellas una indebida aplicación, cuando no es nuestro ánimo causar ofensa á determinados papeles, y así es que deseáramos que lo que como regla general decimos, no se crea enderezado á este ó al otro periódico. Si un día en la defensa de las cuestiones de cuyo examen hemos de ocuparnos, tuviésemos que hacer cargo á alguno, con franqueza prometemos estampar su título y con franqueza dirigirnos á él:

Por ahora vamos á referirnos á voces que han llegado á nuestros oídos, y que debemos en alguna parte contradecir. Dícese que por arrebatos de patriotismo, algunos voluntarios han tratado de perturbar la tranquilidad, é imponer castigos á personas consideradas partidarias de la rebelión, y se agrega que en pasados días, han ocurrido en Cuba ejemplos semejantes, y atendiendo á esos precedentes, se aplauden algunas medidas enérgicas que se anuncia ha tomado el jefe superior de esa isla, contra los que querían incurrir en los anunciados desmanes.

Desconocemos la historia de los hechos recientes que han dado origen á esas noticias; por lo tanto nos abstenemos por ahora de formar juicios aventurados, que es nuestro sistema no hacerlos, sino con exacto conocimiento de los sucesos; pero sí podemos negar que los voluntarios de Cuba hayan cometido ántes esos actos censurables de que se les acusa, á no ser que se califique de tales los de legítima defensa, cuando se atentaba contra su vida en las calles de la capital; de lo que hemos sido testigos, y que los periódicos insurrectos exageraron, para crear una opinión desfavorable á los defensores de nuestra nacionalidad.

Existe, y esto es bien fácil de conocer, el decidido empeño de que esa milicia desaparezca; porque estando unida al valiente ejército de mar y tierra, es imposible, de todo punto imposible, que la isla de Cuba deje de ser española, y estamos seguros de que cuantos abriguen tales aspiraciones, no desperdiciarán medios, ocasiones, y recursos para lograrlo. Fácil es que accidentes imprevistos en la vida de las naciones, vuelvan á proporcionar una oportunidad á los separatistas de encontrar aquella Antilla con escasa guarnición, como en Octubre de 1868, para la defensa del país; y para entonces deseáramos que ese estorbo insuperable, los voluntarios, no existieran armados y prestos á escarmentar su audacia. ¡Ay de nosotros en ese instante, si de cada pueblo, de cada casa no saliese un combatiente siquiera á defender la causa de España! ¡Ay del poder de esta si al grupo separatista se le proporciona la oportunidad de poder realizar nuevas tramas y de perturbar la tranquilidad pública con las bandas mercenarias, que pueden comprar en los Estados-Unidos para caer sobre los pueblos indefensos y desprevenidos!

Clamen en buen hora contra los voluntarios



de Cuba cuantos sean opuestos á su existencia: nosotros les contestaremos siempre, que á ellos se debe la salvación de aquel país; que constituyen una fuerza poderosa; porque la forman los hombres que componen el importante comercio de aquella Antilla, y gran número de los propietarios y de personas dedicadas á carreras científicas; porque cuenta con elementos de subsistencia sin ser gravosa al Estado, y porque es un elemento de orden, porque el orden es su elemento de vida y el objeto de sus sacrificios.

Aunque, esa inapreciable milicia no necesita las insinuaciones ni el consejo de nuestra pobre inteligencia, le dirigimos desde aquí nuevamente las palabras que en la Habana estampamos en el último número de la primera serie de este periódico: que unida al esforzado ejército de mar y tierra que defiende la bandera de la nación, robustezcan la autoridad allí, y Cuba será siempre española. ¡Qué nunca abandonen los voluntarios su actitud firme, prudente y decidida!

### LA CUESTION SOCIAL.

Se ha dicho en estos días por algunos periódicos adictos al Ministro de Ultramar, que trataba éste de presentar á las Cortes la cuestión de vientre libre.

Extrañamos que se piense en esto cuando han mediado promesas formales de que no se tocaría, ni en todo ni en parte á este asunto, mientras no vinieran los diputados de Cuba.

Y no es que nosotros temamos abordar esta cuestión, al contrario, nos consta que los hombres leales de todas las opiniones en Cuba, estaban resueltos, y aún lo están, á dar instrucciones expresas á sus candidatos á la diputación á Cortes, para que sean ellos los que se anticipen á tomar la iniciativa en la solución de la cuestión social.

Tampoco intentamos en manera alguna aplazarla ó dilatarla, pues ya en otro lugar abogamos por la pronta convocación de Diputados, y su venida depende tan sólo de la voluntad del Gobierno. Todos los trabajos preparatorios estaban principados, y si se suspendieron por causas accidentales, con sólo mandarlos seguir adelante, se obtendrá la ventaja de que pronto puedan ocuparse las Cortes de tan delicado asunto, ante la presencia de todos los interesados, y no ante unas ó la fracción de ellos.

Ya ha pasado el tiempo en que pueda crearse aquí impunemente atmósfera, contra los que, asistidos de un legítimo derecho garantido por la ley, se ciñen á defender en principio, no la forma de la propiedad que poseen, sino el valor de la misma y la suerte de aquel pueblo.

No hay reaccionarios entre los españoles en Cuba, sino la imaginación de los que todo quieren trastornarlo, con tal de tener la pueril satisfacción de poder arreglar en una hora, las trascendentes cuestiones que los hombres de Estado no resuelven sino con mucho pulso y prudencia.

¿Qué les importa, por otra parte, á los que así agitan y extravían la opinión las catástrofes dolorosas y las turbulencias á que puedan dar lugar ciertas excitaciones insensatas?

Hora es ya de que la pasión ceda el puesto al patriotismo, y puesto que los propietarios de Cuba han cedido y están prontos á ceder cuanto es humanamente y justamente posible ceder, toda exigencia nueva no la reputaremos más que como el propósito deliberado de producir perturbaciones, que sólo pueden redundar en provecho del insurgentismo.

Esta explícita manifestación puede servir de contestación anticipada á cuantos quieran tergiversar los sucesos, y calumniar las intenciones de los que bien pronto pueden dar pruebas

tangibles de ser más liberales que los que hasta hoy se han entretenido en denigrarlos.

Conste pues, que si hay sincero deseo de resolver pronto este asunto, del Gobierno depende: pues los diputados que han de venir, irán acaso más allá de lo que el Ministro de Ultramar puede imaginar.

### LAS ELECCIONES EN CUBA.

Es singular lo que pasa en los asuntos de Cuba, y más de un suceso, y de un decreto nos ha parecido de carácter tan anómalo, que so pena de perderse en conjeturas buscando causas que nadie dice y que parece hay interés en callar, es preciso resignarse á no saber nada hasta que el Gobierno tenga á bien decirnos la verdad de todo.

Pero esa verdad no quiere decir la el único que tenía datos verídicos para destruir rumores absurdos, ó mentiras interesadas, y así es que el espíritu fluctúa entre versiones contradictorias, y amigos y enemigos no hacen más que divagar según sus deseos ó sus cálculos.

Más de una vez en los diarios conservadores y aún en las Cortes, hemos oído pedir con insistencia, que se verifiquen las elecciones de Cuba, pero esas voces se han perdido en el vacío, no han sido contestadas en público, y lo que se dice privadamente es tan peregrino, que no sabemos si tomarlo en serio, ó lanzar las censuras merecidas sobre los que por un cálculo egoísta están contrariando el deseo legítimo de los habitantes de Cuba.

A los pocos días de surgir la cuestión de Puerto-Rico y de saberse que en Cuba consideraban peligroso el discutirla, empezaron á cruzarse intrigas en todos sentidos, y se verificó una excisión en los diputados de aquella: los seis señores que se mostraban más intransigentes, lejos de querer tener la menor deferencia, culpaban de egoísmo y de tendencia reaccionaria el legítimo ruego de sus hermanos de la Habana, sin querer comprender, que el único móvil que los guiaba, era no dar nuevas facilidades á los filibusteros para que reavivaran una insurrección en la agonía.

Hubo quien propuso en la prensa el siguiente medio conciliatorio: si tan obstinados é impacientes están los puerto-riqueños en discutir la Constitución, hay un medio hábil para lograrlo sin ponerse en pugna y sin perjudicar á Cuba: interpongan todo el influjo que hoy gasten en hacer prevalecer su deseo, en que el Gobierno convoque los diputados de Cuba, y ántes de dos meses, todos juntos, los representantes de ambas Antillas arreglarán su futuro régimen político.

Este consejo fué desdeñado y mirado con desconfianza: se dijo que esas elecciones en Cuba no darían más resultado que una candidatura reaccionaria: que todos los proyectos é ideas liberales del Ministro y Subsecretario de Ultramar, serían combatidas por esos diputados: que unidas ambas diputaciones, algún funcionario tendría que abandonar el puesto por no dar una muestra á cada instante de sus erróneos juicios en las cosas de Ultramar: que los seis diputados de Puerto-Rico indicados ántes, tampoco querían ni les convenía dejarse absorber por los de Cuba, pues temían que las observaciones de estos, inclinarán el ánimo del Congreso á una política menos radical en las Antillas.

Todo esto, y mucho más se dijo, llegando hasta asegurarse que ni por la promesa que se les hizo de tratar la cuestión social enseguida, se avinieron los radicales á exponerse á los perjuicios de tener cerca á los diputados cubanos.

Si esto fué verdad, causa profundo desconsuelo pensar que tales móviles pudieran in-

fluir en su determinación. Los diputados de la grande Antilla no están sentados en los escaños del Congreso, cuando su presencia ya podía haber conjurado algunos males, y evitado disensiones dolorosas que solo son efímeras cuando tienen por válvula un medio seguro de exponer sus causas y pedir el remedio.

Solo nos hemos ocupado de este asunto, para negar y protestar contra la calumniosa aseveración de que el partido español en Cuba es reaccionario. Esto se ha inventado, por no hallar un motivo plausible que decir *en público* para explicar la no convocatoria de los diputados cubanos. Pero aunque así fuera ¿con qué derecho privarles de venir aquí sólo porque no sueñan en *ideales imposibles*?

Aún en ese terreno se comete una injusticia palmaria, pues ya hemos dicho otra vez, que en ese partido español tan calumniado por los que simpatizan con la insurrección, hay hombres pertenecientes á todos los partidos políticos que aquí nos dividen, pero que ante el enemigo común hacen abstracción y prescinden de sus ideas, para no pensar más que en barrer la isla de traidores.

¿Quién puede garantizar *a priori*, que en esas masas compactas de patriotas, rodeados de pueblos libres, y disfrutando mayor libertad *práctica* que ningún otro pueblo del mundo haya de prevalecer el matiz reaccionario?

¿No hay aquí pruebas leales de sobra, de que en todo lo que sean reformas verdaderas se han anticipado los españoles á iniciarlas y gestionar su aprobación? ¿No han sido ellos los primeros en dar las bases fundamentales para un sistema de abolición que concilie los legítimos derechos garantidos por la ley con el bienestar asegurado de los libertos? ¿No han dicho hasta la saciedad que acogerán con regocijo cuantas innovaciones se hagan con el fin de mejorar la condición moral é intelectual de sus habitantes? ¿Hay nadie que haya hecho más sacrificios espontáneos por la patria que ellos?

Hay una sola cosa en que se muestran intransigentes, y es en todo lo que pueda contribuir á relajar el vínculo que une las Antillas á España: por esto no merecen vituperios sino el aplauso de la Nación entera. *No haya libertades para eso*, pues darlas, equivaldría á entregar al enemigo el puñal con que ha de asesinarlos.

Un pueblo que así siente y piensa, debe estar ya representado en las Cortes, pues ya cesaron las noticias que dificultaban el envío de sus diputados: la isla de Cuba se halla en circunstancias más favorables que se halló la Península durante las guerras de la independencia y civil, y sin embargo entónces se hicieron elecciones á pesar de tener el enemigo ocupadas algunas ciudades. En Cuba ni un sólo centro de población poseen los insurrectos, y la población rural que ha afluído á las ciudades es leal: las elecciones no creemos deban hacerse para los que renegando de nuestra nacionalidad desprecian hasta las libertades que les ofrecemos: sostener que no deben hacerse porque habrá coacción, no sabemos á quién le habrá ocurrido, pues solo los desafectos á España podían temer tal contrariedad, y es seguro que no acudirán á tomar parte en los actos políticos de una provincia donde se consideran á sí mismos como extranjeros.

En estos momentos en que la insurrección va á concluir, es más necesario que nunca que esta gran manifestación de la opinión del país tenga lugar, no sólo porque apremia poner oportuno y pronto remedio á todas las graves necesidades nacidas de la guerra, sino porque ya han desaparecido las causas que antes hicieron suspender las elecciones, á pesar de tener dispuestos todos los trabajos preliminares.—



Entonces esperaban el pronto término de la lucha, y la creencia de que en medio de la paz podían acudir á votar hasta nuestros enemigos, indujo al Gobierno á aplazar la elección.—Ha pasado mucho tiempo, las circunstancias han cambiado, y el aguardar más tiempo sería entregar los intereses de Cuba á merced del azar, ó del criterio poco ilustrado de cualquiera á quien se sometieran sus futuros destinos. Además, la política palpitante en ese pueblo ya agueruido y avezado á la lucha, no debe tener allí sus debates, sino aquí, en todo lo que concierne á sus intereses: no debe buscar sus soluciones allá, sino en medio del jurado de las demás provincias que asentarán gozosas no solamente á sus deseos, sino á otorgarles el premio merecido por tantos actos de desinterés y de heroísmo.

Los beneficios de la paz que esperamos, sólo pueden consolidarse en Cuba tratando de evitar por toda clase de medios que surjan disensiones políticas. Tan luego como la actividad febril y el valor de tantos leales soldados no tengan ocupación, las agitaciones serán inminentes, y la manera de conjurarlas será trasladar el teatro de sus luchas políticas á Madrid.

Hay otro motivo aún más grave que hace ya imprescindibles las elecciones en Cuba. Ha empezado á circular el rumor de que en Madrid se intenta á todo trance imponerle leyes é instituciones nuevas sin consultarles para nada, y mientras más se dilatan más crecerán los recelos y las desconfianzas, y hasta conatos de resistencia.

Todas las dificultades concluidas cesarán con ese acto llamado á regenerar la grande Antilla, y á resolver los áridos y peligrosos problemas que ha puesto sobre el tapete la conmoción que acaba de sufrir aquella sociedad. Dilatar por más tiempo tan fausto suceso, cuando nada justifica ya esa dilación, sería un mal para España, y otro mal mayor para aquella población sufriendo, honrada y valiente, que después de luchar, no desea más que paz y justicia, para volver tranquila al trabajo, y fecundar con su sudor los gérmenes inagotables de riqueza de aquella tierra feliz, que en vano han tratado de esquilmar con el hierro y el fuego muchos de sus desnaturalizados hijos.

## LA SUPUESTA VENTA DE CUBA.

En *Diario de Barcelona* del 10 del corriente hemos leído la copia del diálogo, que se dice tuvo lugar entre el corresponsal del periódico de New-York, titulado *El World*, y el senador Sumner, presidente de la comisión de Relaciones extranjeras del Senado de la república Norte-Americana, el 9 de Febrero último.—Ese documento viene precedido de las siguientes líneas que reproducimos por estar suscritas con las iniciales del nombre y apellido del que redactó, hace poco, en aquella ciudad el periódico de los insurrectos *La Revolución*, publicación destinada á laborar contra España, y que por consiguiente insertaba en sus columnas cuantas falsedades le sugería á ese escritor su inveterado odio contra nuestra nacionalidad. Si nos equivocamos al sospechar que las letras de la firma son las primeras de las dos palabras Nestor Ponce, es excusable tal equivocación, nacida de una coincidencia tan casual. Dicen esas líneas:

«NUEVA-YORK, 16 DE FEBRERO.

Considerando de sumo interés la conversación que publicó el *World* de esta ciudad, en su número del 10 de actual, tenida entre el senador Sumner, presidente de la comisión de Relaciones extranjeras del Senado, y el corres-

pensal de dicho periódico en Washington el día anterior, le acompaño ahora una copia de ella, después de traducida íntegramente. Deseario ver si Sumner negaba la exactitud de la relación mencionada, ó modificaba algún punto del mismo diálogo, no le mandé dicha copia por el correo del 12, efectuándolo hoy, que su silencio da lugar á creer en la exactitud de cuanto contiene dicha relación.—N. P.»

Dejando á un lado la cuestión de la firma y la circunstancia notable de haberse consignado palabra por palabra, la conversación del senador Sumner y del corresponsal del *World*, con una precisión que admira, teniéndose en cuenta la dificultad de retener en la memoria un diálogo bastante extenso sobre asuntos muy delicados, todo lo que nos hace dudar de la exactitud de los conceptos consignados en el impreso, nos parece no sólo oportuno, sino indispensable extraer aquí lo que el funcionario norte-americano confió al agente del periódico newyorquino, antes de expresar nuestra opinión acerca de los particulares objetos de la conferencia.

Según lo que se pone en boca de Sumner, el Gobierno de los Estados-Unidos se detendrá, no obstante el deseo de su pueblo, en reconocer como beligerantes á los insurrectos de Cuba, no sólo porque estos carecen de las condiciones esenciales para ese reconocimiento sino también por la convicción que tiene de que España considerará esa resolución como un casus belli y entrará en una guerra con aquel poder, en la cual habría de sufrir la república grandes perjuicios, por más que en último extremo quedara vencedora: y que como es innecesario, á su juicio, apelar á esos medios por que en el intervalo de diez años, la isla debe caer en manos de la nación norte-americana, del mismo modo que una manzana cae del árbol á la tierra cuando está madura, la república debe abstenerse de hacer el menor aparato de fuerza para anexarse la codiciada Antilla.

Respecto á la cuestión de compra, se dice, en el mismo impreso, que el senador manifestó al corresponsal, habérsele acercado dos individuos de la Junta cubana de New-York para manifestarle (en Mayo de 1869) que estaban prontos á aprontar 50 millones de pesos á fin de que se entregasen al Gobierno español en cambio de la cesión de todos los derechos de la nación sobre la isla; que considerada esa cantidad como corta para la compra, llegaron á ofrecer hasta 100 millones; que en aquella época tenía él en su poder una proposición de un alto funcionario español referente al mismo asunto, pero que la oferta de los cubanos no llegaba á cubrir los límites de aquella, pues de otro modo el contrato de venta hubiera sido firmado por Sumner y los delegados de la junta en representación de ambas partes; y que estos, aunque presumieron la existencia de la proposición emanada del funcionario español, no la vieron ni entonces ni después.

Otros particulares fueron objeto de la entrevista; pero por ser de interés secundario para nosotros, los pasamos por alto á fin de concretarnos á los que más directamente nos importan.

La venta propuesta de la isla.—El reconocimiento de beligerantes á los rebeldes que hay en ella.

El primer asunto, el de más gravedad, reclama la preferencia en el examen.

No de ahora, sino desde algún tiempo hace, vienen circulando los rumores referentes á ese proyecto de cesión de Cuba al extranjero, empleándose para darle visos de probabilidad el auxilio de periódicos ingleses y norte americanos, en los que se consignaba como una verdad el vergonzoso pensamiento de vender una provincia española, para dejar acaso satisfechas

las insensatas exigencias de un puñado de desleales.

Tenemos en nuestro poder el *Herald de Nueva York*, de 6 del pasado Enero, en el que se lee lo siguiente:

«Nuestro Ministro en Madrid ha sondeado á dos altos funcionarios, para conocer su voluntad sobre la venta de Cuba á los Estados-Unidos, y ha adquirido la mas completa seguridad de que ambos están en sentido favorable al proyecto, esperando un momento oportuno para realizarlo. La objeción que presentan es que el pueblo español no está conforme á sancionar el hecho, y que el Ministerio, en su delicada posición actual, correría un gran riesgo colocándose en una actitud de antagonismo al frente de la gran mayoría de la Nación, en cualquiera cuestión de alta política.»

Cuando por primera vez llegó á nuestras manos ese periódico, como hoy que en el *Diario de Barcelona* hemos encontrado nuevamente esa, para nosotros inventada superchería, nos contestamos negándonos á creer noticia tan monstruosa.

Ya en Agosto de 1869, y refiriéndonos á un telegrama que apareció en los Diarios de la Habana en esos días diciendo: «Se desmienten los rumores de negociaciones sobre la isla de Cuba por parte de los Estados-Unidos», expresamos nuestra opinión de que esos anuncios eran obra del laborantismo, que para sostener el ánimo de sus afiliados, esparcía continuamente noticias que estuviesen en armonía con sus ideas.

«Que en Madrid, dijimos, los partidarios de la rebelión hagan correr que de la venta de Cuba se trata y que los Estados-Unidos han hecho proposiciones para tal adquisición, lo consideramos muy posible; pero que haya razón para que ese rumor sea creído, no lo admitimos.»

«Ni los que hoy están al frente de la Nación oirían la menor indicación que á esa compra se refiriese, ni las Cortes Constituyentes consentirían en que de ella se tratase.»

Pues bien, ahora con mas franqueza que entonces, y con la independencia de carácter que hay en nosotros, consignamos que ni debemos creerlo, ni podemos creerlo, ni lo creemos.

Nuestra conciencia nos impide admitir en una autoridad española tan oprobioso pensamiento. No es verdad. Ninguno de los que figuran en las altas regiones del poder puede olvidarse del orgullo patrio, de su propia dignidad y de los grandes deberes que sobre él pesan, para descender á la posición de traficantes en la honra, en el prestigio y en la importancia nacional, condenando á España á salir desterrada para siempre del Nuevo Mundo, en cambio de un puñado de oro, que sería para ella vergonzosa indemnización, retribución insignificante por su gloria y su nombre, humillados ante todos los pueblos de la tierra!

No es verdad! No hay, ni puede haber un funcionario que haya nacido aquí, que carezca de los sentimientos de hidalguía, que son distintivo de nuestra raza, y que pueda trazar su nombre al pie de un documento que sería su oprobio y que le conquistaría el desprecio de cuantos han visto la luz primera en este suelo!

Nosotros no somos ni enemigos, ni partidarios de los hombres de la situación, porque hacemos abstracción completa de las fracciones políticas á que pertenecen; pero somos sus enemigos ó sus partidarios como españoles, en las cuestiones de América, según adopten una marcha adversa ó favorable á la conservación de Cuba.

Si aventurásemos una creencia fundada en esas noticias, que consideramos absurdas é inventadas con siniestra intención, sin duda alguna, que incurriríamos en falta imperdonable á nuestros mismos ojos. Nuestra intelligen-



cia se resiste á dar asenso á tales invenciones que deben tener su origen en la astucia del partido insurreccional de Cuba.

Y no es sólo la convicción en que estamos de la imposibilidad de que en uno de nuestros altos funcionarios quepa la repugnante idea de vender nuestras Antillas, lo que robustece nuestra confianza: hay otros motivos de seguridad que nos hacen desechar con desden, la para nosotros supuesta conversacion publicada por el *Diario de Barcelona*, y remitida á ese periódico con algun propósito que no podemos comprender.

Si por una de aquellas monstruosas excepciones, que para castigo de los pueblos, porque son mancha indeleble en su historia, aparece entre nosotros un hombre bastante indiferente á los preceptos del honor, y que pretendiera, en un momento de aberracion, desmembrar el territorio nacional, cediendo con estas ó las otras condiciones una provincia al extranjero, ni aun así podría efectuarse el inícuo trato. Los representantes del pueblo español, ese propio pueblo, se opondrían á la venta con un grito unánime. Nosotros, todos los que formamos el gran partido leal en Cuba, apelaríamos á nuestros hermanos que no consentirían, se dispusiese de esas tierras, parte integrante de nuestra patria, y á las que cada uno y todos tenemos un derecho sagrado de que nadie puede despojarnos.

Allí se labran numerosas fortunas que son parte de la riqueza nacional; allí el industrioso peninsular va á buscar con incontestable título los medios de aliviar las aflicciones de su modesta familia; allí el comercio de la Península tiene mercados importantes á donde lleva las producciones españolas; allí se habla nuestro idioma; allí está nuestra familia. ¿Puede condenárenos á que un día seamos extranjeros en nuestra patria?

Y no se diga que excusarían la cesion de aquella provincia las exigencias del partido separatista, hoy en armas, y si mañana vencido totalmente, pronto á alzarse despues; porque eso equivaldría á convenir en que basta la existencia de un grupo de traidores, para que el poder que rige y protege á los pueblos, sacrifique la razon de los leales ante la sin razon de aquellos.

Pero se nos dirá que habiendo en nosotros el convencimiento de que no hay verdad en la indicada venta de la Isla, debiéramos haber hecho caso omiso de esos rumores infundados, nacidos del laborantismo, tan diestro siempre en sus engaños.

Hay un motivo para que nos hayamos ocupado de ese asunto en este artículo. Queremos que los que inventan esas consejas, comprendan que no admitimos la posibilidad de lo que en ellas se cuenta; que no pueden alarmarnos y por qué no nos alarman con sus ardis; que se dé publicidad á sus planes y que adquieran á su vez la convicción de que si algun día por desgracia, tuvieren el más débil fundamento esos proyectos, para destruirlos sabremos apelar al sentimiento de dignidad nacional, que habrá de darnos proteccion, auxilios, elementos para salvar á Cuba, porque no hay un sólo buen español que consienta en su pérdida y en su ruina de los que en ella viven, queriendo ser españoles allí, á donde tienen derecho para serlo.

## REVISTA QUINCENAL.

Despues de leído nuestro primer número y expuesta en él con franqueza nuestra mision en la arena periodística, no extrañarán nuestros lectores que seamos demasiado parcos en la apreciacion de los sucesos y de los partidos

que agitan la opinion; y que sin inspirarnos en los enconos ó en los intereses de ninguno, nos decidamos á expresarnos con la serena imparcialidad que lo haria un extranjero, de opinion recta y corazon honrado, que viniera á estudiar nuestro país.

Y no es que seamos indiferentes á la suerte de la patria, ni que dejemos de desear la más acertada solucion para sus cuestiones políticas en medio de la crisis porque atraviesa, sino porque para nosotros hay un interés superior á todos, y ante el cuál, han abdicado sus denominaciones y tendencias todos los que defienden la integridad del territorio nacional.

Queremos hacer aquí lo que hacen los españoles en Cuba: fundir en un pensamiento comun las creencias y las ideas anteriores, para que ni la más pequeña disension de carácter político, venga á turbar la admirable armonía y el magnánimo esfuerzo con que se trata de sofocar en aquella provincia una insurrección vandálica.

Estando resueltos á no desviarnos de ese sendero, no esperen nuestros lectores, juicios apasionados, ni que empleemos nuestra energía en hacer causa comun con alguno de los bandos que van debilitando la vitalidad de nuestra pobre España: cooperaremos con todas nuestras fuerzas á cuanto contribuya á la grandeza de esta; pero serenos de una severa imparcialidad ante los intereses encontrados de los partidos.

A nuestro objeto más convenia abrazar en conjunto un largo período político, que ocuparnos de la fisonomía que han presentado los asuntos durante esta quincena; pero suponiendo á muchos lectores enterados de todos los antecedentes de las cuestiones palpitantes, no mencionaremos siquiera las causas ocasionales de las dificultades presentes.

El Carnaval casi ha venido á ser un paréntesis de calma en medio de la agitacion de las pasiones, ó un momento de descanso para meditar, tomar aliento y emprender de nuevo la afanosa tarea de consolidar la situacion. Si algunos lo han aprovechado para urdir nuevas dificultades, la mayoría de los hombres políticos se ha convencido de que ya es preciso concluir con tantas vacilaciones y poner término acertado á una situacion que nos conduciría á un abismo; porque es casi un suicidio el insistir en la vaguedad, en la indecision, en la incertidumbre que ha estado caracterizando la política española durante los últimos meses.

¿Qué causas han influido en ese cambio, en ese conato enérgico para salir del marasmo que agobia al país? Algo de providencial debe haber habido en las turbulencias demagógicas de París y en el aumento de agitacion en los partidarios de D. Carlos en España, para que las Cortes y el Gobierno hayan vuelto en sí y sean hoy los que más activen esa solucion, que deseamos para que cese la interinidad actual.

Si á muchos convenia esa prolongacion, el resultado inmediato que empezaba á palpase era la consuncion de las fuerzas vivas del país, el descontento profundo de las clases productoras y laboriosas, y las esperanzas que fomentaba en los partidos; pues algunos de estos creían y con excusa en esa creencia, que el cansancio general, haria caer el poder en sus manos sin trabajo; contando unos con que toda la parte conservadora de la Nacion, amedrentada ante un presente triste y un porvenir incierto, tornaría sus simpatías á los que ofrecen una solucion cierta y concreta de orden; mientras que otros lo esperaban todo del descrédito á su vez, posible de la situacion actual y de la idea de que la nacion rendida, sin fuerza y sin defensa sería subyugada por el empuje de los hombres alucinados por las doctrinas políticas más avanzadas.

Esa tempestad que se veía en lontananza, ¿está ya conjurada? Créese por muchos que sí: ¡ojalá sea cierto para ventura de nuestra patria!

D. Carlos ha sido detenido en Francia, cuando venia á ponerse al frente de sus parciales para penetrar en España, y sus partidarios del interior aún no han promovido movimiento alguno, á pesar de su activa y poderosa organizacion, á pesar de los cuantiosos recursos con que dicen contar, y sin embargo de que el Ministro de la Gobernacion haya anunciado varias veces el próximo principio de una campaña carlista.

Imitando á los progresistas y republicanos han constituido en cuantos pueblos han podido, comités de propaganda y de accion, y en sus vastísimas ramificaciones se puede decir, que el partido ha tendido una red sobre España entera. Si es cierto que el clero favorece ese trabajo de organizacion, es sensible que haya contribuido á tal muestra de desafeccion, el olvido punible en que á esa clase del Estado se le mantiene desde hace mucho tiempo por el Gobierno, privándole de las exiguas asignaciones que disfrutaba. Esto nunca sería una disculpa, pero todos los hombres no son héroes de paciencia y de resignacion, y no es posible ni justo exigir que estén al lado de estos ó de aquellos, los que ven desatendidos sus derechos y despreciadas sus fundadas reclamaciones. ¡Cuántos adversarios y cuántos odios pudieran desarmarse con el cumplimiento leal de ciertos deberes, y con renunciar á ciertos agravios sistemáticos!

Los republicanos se contentan con atacar en sus diarios á todo candidato á la corona, y en concurrir á su *Asamblea central republicana*, en la que dicen, están constituyendo el país, y en la que procuran tenerlo todo preparado, incluso las leyes que habian de gobernar el día en que triunfara su partido.—La opinion pública, entretanto vé esos trabajos con bastante indiferencia.

Ya sea que una reaccion verificada en mucha parte del país haya influido en la nueva actitud del Gobierno; ya sea que este viendo cercano un peligro haya buscado el apoyo y las simpatías de esa porcion con promesas tranquilizadoras, el hecho es que las doctrinas disolventes y anárquicas no ganan terreno aquí.

La presencia del duque de Montpensier en Madrid, donde reside desde su vuelta de Alhama, ha venido á alentar las esperanzas de sus partidarios y á excitar la animosidad de sus enemigos que no perdonan medio de inhabilitarlo ante la opinion.

Se asegura que la ruptura entre los demócratas y los progresistas no reconoce otro motivo que el propósito de estos de hacer causa comun con los unionistas en la cuestion de candidatura al trono, y que en ese caso el señor Martos y trece de sus amigos se irían al campo republicano. Ese número limitado de votos separándose de la mayoría, acaso no pueda inquietarla mucho, agregándose que hay un deseo vago de que esto suceda pronto; porque segun manifiestan algunos así quedaria más despejada la situacion en los momentos de lucha.

Un silencio notable sobre la cuestion de eleccion de Monarca, parece haber sido resultado de acuerdo tácito entre todos; así es que la prensa que ántes sostenia la candidatura genovesa, guarda la mayor reserva en tan importante asunto. En cambio el cansancio se revela ya de mil modos.

Todas las leyes orgánicas han sido presentadas y hay prisa de verlas pronto promulgadas. La mayoría se inclina á que no se discutan, sino á que se voten por autorizacion, porque su extension obligaría á emplear meses en los debates. Ya no se oculta el motivo, y el



mismo general Prim ha dicho en la Tertulia Progresista que pronto debe procederse á la eleccion de Monarca. La prensa divaga y hace conjeturas sobre su hostilidad ó decision por Montpensier; pero él permanece en la mayor reserva, siendo un sistema, digno de tenerse en cuenta que ninguno de los periódicos que pasan por órganos de dicho candidato, dirija ningun ataque al presidente del Consejo.

Continúa con gran lentitud la discusion de los Presupuestos, pero nadie se preocupa de buscar un remedio al enorme déficit que nos amenaza este año, ni se vislumbra la esperanza de la ansiada nivelacion que pueda salvar nuestra Hacienda.

Los Presupuestos de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas han sido presentados á las Cortes para su discusion, pero extrañándose que no tomen parte en la comision los diputados ultramarinos.

El proyecto de ley declarando de cabotaje el comercio entre España y sus provincias de Ultramar, empieza á dar lugar á la lucha de intereses encontrados, y no puede aún calcularse qué influencia es la que prevalecerá, si la de la industria ultramarina, ó la peninsular.

Dichosamente en estos dos asuntos no habrá más que lucha pacífica, y su trascendencia no comprometerá nuestra nacionalidad como lo habria hecho en los momentos actuales la discusion de la Constitucion de Puerto-Rico, que parece aplazada.—Al fin ha prevalecido la prudencia, á pesar de las impacencias irreflexivas de algunos diputados. Mucho ha contribuido á conjurar el peligro que veíamos en los debates de este asunto hoy, la actitud patriótica de la prensa conservadora de Madrid, y las exposiciones del comercio de los puertos de España. Como era equitativo y racional, entre los deseos de unos cuantos amigos que aprovechan en esto la buena fé de altos funcionarios, dándoles para lograrlo, informes equivocados, y miles y miles de españoles, conocedores del estado y de las verdaderas necesidades de las Antillas y que dicen la verdad; la cordura y el patriotismo se han inclinado del lado de los consejos y de las peticiones de estos.

Pero respecto á Ultramar no han sido solo temores los que nos han preocupado estos dias: noticias gratas han llegado de América y la inquietud comienza á desaparecer. Con regocijo se ha sabido la entrega de Napoleon Arango y la fuga de Quesada, así como la seguridad que ya se tiene de que pronto se firmará una paz honrosa entre las repúblicas del Pacífico y España. Así volverá á reinar con nuestros hermanos de América la fraternidad que nunca debió romperse, y nuestro comercio y navegacion hallarán allí nuevos mercados para su actividad, sobre todo si se establecen garantías para nuestros nacionales, y se consignan en los tratados ventajas recíprocas.

El arreglo de los Gobernadores, medida siempre necesaria despues de todo cambio de Ministerio, se ha retardado hasta hace pocos dias, asegurándose que los nombrados irán á ser los verdaderos intérpretes de la política del Sr. Ríve-ro.

El movimiento de tropas en todas las provincias ha sido simultáneo, asegurándose que el general Prim los iba situando convenientemente para que los carlistas no pudieran intentar ningun golpe de mano.

El incidente del Obispo de Osma, conducido preso á Madrid; las manifestaciones de los Obispos españoles en Roma cerca del príncipe Alfonso; las disensiones domésticas de la ex-reina de España y de su esposo en París, ya públicas, y el desalojo de las monjas Calatravas, han sido los acontecimientos de estos dias que mas han ocupado la veracidad de la prensa y la atencion pública.

El Obispo de Osma está ya en libertad. El príncipe Alfonso recibiendo grandes agasajos del Papa y de la corte Pontificia; y las monjas Calatravas, á pesar de las grandes influencias que han mediado para que quedasen en su casa, han sido expulsadas de ella yendo á recibir la hospitalidad en el seno de otra comunidad.

Como si esto no fuera bastante, toda la prensa ha reproducido con precision una carta del ex-Infante D. Enrique contra el Duque de Montpensier, que parece ha dado lugar á una provocacion en regla de parte del agraviado, que exige una retractacion completa.

El último suceso con que cerraremos esta correspondencia, es lo que llaman aquí algunos el juicio de residencia del general Concha: indicada esta cuestion por la publicacion hecha por él mismo de su conducta al caer la última dinastía, y de la participacion que tuvo en aquellos sucesos, toda la prensa adicta al partido ha empezado á fulminar sus censuras y sus ataques contra el ex-ministro que habia permanecido en silencio hasta hoy. La polémica parece próxima á envenenarse, pues la violencia de los ataques, y el anuncio de nuevos datos y documentos para refutar la veracidad de la memoria del general Concha, parece han de ocupar á la prensa muchos dias.—El marqués de la Habana se defiende inculcando á todos los hombres de aquella situacion que cayó, y estos le devuelven golpe por golpe acriminándole á él sólo de la catástrofe que los arrastró á todos.

Esto pasará como una emocion del momento, y pronto otros acontecimientos graves y de trascendencia, vendrán á ocupar exclusivamente la atencion pública, pues los síntomas precursores de un cambio completo en la situacion de España aparecen por todos lados.

Leemos en el número 436 de *La Discusion* lo que á continuacion reproducimos:

«El Sr. Becerra dijo ayer en las Cortes que no estaba dispuesto á ceder en la cuestion del pronto planteamiento de las reformas de Puerto Rico.»

«En buen hora sea. Mas no basta que esto diga el Sr. Becerra: es además preciso que trabaje sin descanso, con la mayor energia para conseguirlo; es necesario que tenga valor para arrostrar las iras unionistas; es necesario en una palabra, que en vez de decir, haga: que en vez de prometer obre; y si no le es posible [renuncie su puesto; que más vale salir con honra de un ministerio, que ser ministro sin voluntad propia, sin iniciativa, ni importancia alguna; es decir, un ministro *pordiosero*.»

El mismo periódico de que hemos tomado las palabras anteriores nos proporciona en el extracto, que publica, de la sesion del 7 del corriente el conocimiento de las frases pronunciadas por el señor ministro de Ultramar y que han motivado el suelto referido.

«Yo, señores, dijo el señor Becerra, estoy resuelto á llevar adelante todas las reformas que deben llevarse á cabo, con la mesura y prudencia convenientes, á la vez que con toda firmeza; debiendo manifestar que no ha dicho «la verdad un periódico que ha manifestado haber dado el ministro de Ultramar, palabra de ceder en algunas reformas, pues yo entiendo que despues de haber visto la Europa que en medio de las difíciles circunstancias por que hemos atravesado, hemos contado con elementos bastantes para enviar cuarenta mil hombres á fin de sofocar la insurreccion en Cuba, es preciso que vea que sabemos armonizar el orden con el progreso y colocar á las provincias de Ultramar á la altura que exige la civilizacion moderna.»

¿Habremos de dirigirle una expresion de aplauso ó no? Si ese funcionario, haciéndose superior á precipitadas exigencias se propone llevar á cabo las reformas que sean necesarias, con la mesura y prudencia convenientes, teniendo presente los inmensos daños que á la buena causa se haria en esas tierras, y las ventajas que traeria para la causa anti nacional, toda determinacion violenta, toda resolucion que se adoptase olvidando lo que manda el patriotismo y sacrificando altísimos intereses á amañadas pretensiones, aplaudiremos su conducta; pero por lo mismo que no somos contrarios de las mejoras oportunas para esas provincias, cuando estas se realicen con el tacto, el estudio y la moderacion que reclaman las localidades en que han de aplicarse, si las reformas de que se dice partidario el ministro de Ultramar se lanzan sobre aquellos países, sin meditar que como nuevo combustible arrojado en la hoguera, pueden llevarles nuevas perturbaciones, exponiendo la existencia del poder español en el Nuevo Mundo y la tranquilidad y la vida de mil y mil ciudadanos leales, acre censura, enérgicos y terribles cargos harémos al funcionario, que desconociendo la misión del hombre de Estado justo y previsor, desatiende á la responsabilidad que sobre él pesa.

En la sesion de la Cámara de ayer, el Señor Castelar ha manifestado que las ideas del citado Sr. Becerra son las de autonomia para Cuba; y el Sr. Ministro, lejos de contradecirle ha hecho un gesto de aprobacion, afirmativo. En el próximo número de LA INTEGRIDAD NACIONAL prometemos decir al Sr. Becerra cual seria el resultado de ese sistema en las Antillas.

Necesario es que el Sr. Becerra, se sobreponga á pueriles desahogos y que no olvide en cuestion tan importante, que entre los que piden innovaciones inmediatas para el sistema político-social de las provincias Ultramarinas, si bien hay quienes obran de buena fé, tambien pueden existir otros que en poco estimarian la desmembracion del territorio, y que para conseguirlo vuelven á colocarse bajo la elástica bandera de la reforma.

Voces y hasta escritos se citan, dándose lugar á muchas conjeturas, sobre si han existido ó existen diferencias entre los generales Caballero de Rodas y Villate, actuales campeones de la causa nacional en Cuba. Como las tendencias del *laborantismo* son crear dificultades para desprestigiar el principio de la autoridad allí; y como su última esperanza de triunfo consiste en desunir el elemento español, aconsejamos que no se dé importancia á rumores de cierto género, que se esparcen con la intencion de crear en los ánimos temores sobre la unidad de pensamiento que en aquella Antilla existe, entre los leales por conservarla siempre, formando parte del territorio patrio. Sólo en los círculos oficiales que deben estar enterados de la verdad, puede saberse si han ocurrido ó no tales diferencias.

De todos modos, nosotros no titubeamos en afirmar que cualquiera divergencia entre esos dos ilustrados generales, no podrá influir en la seguridad de la provincia que con tanto patriotismo vienen manteniendo.

Ambos son bastante dignos y conocedores de la inmensa responsabilidad que sobre ellos pesa, y saben bien, para huir de aquello que pudiera ser perjudicial á la defensa de Cuba española, que, como dice un escritor republicano nacido en el Perú, «la falta de armonía entre los jefes del ejército realista en aquel país, fué la verdadera causa de sus reveses. Mientras estuvieron unidos ganaron señaladas ventajas; pero estas en lugar de acrecentar su ardor los dividieron, reclamando cada cual su parte en el triunfo, quizá con demasiada injusticia, para negárselo á los demás. Resultó la discordia: la conocieron los colombianos, y no omitieron medio alguno para acrecentar aquellas disidencias que no podian menos de serles provechosas.»



Esto tienen sin duda alguna en la memoria los dos generales que ántes hemos nombrado, y por eso no nos alarman los rumores que circulan, y á los que se dá indebidamente, como ya dijimos, un carácter de gravedad, que no tienen y que no debe concedérseles, mientras no lleguen al dominio público explicaciones sobre ellos.

La *Discusion* del 11 del corriente, publica una carta fechada el 3 del mes próximo pasado en Cayo Hueso, Estados Unidos en la que se hace una falsa version del viaje de D. Gonzalo Castañon á aquel lugar, que terminó con el asesinato del animoso periodista.

El mismo periódico despues de insertar esa comunicacion dice lo que vamos á copiar:

«Debemos advertir á nuestros lectores que los periódicos españoles de la Habana, al ocuparse de los sucesos á que la anterior carta se refiere lo han hecho de un modo completamente distinto.

«Ignoramos de qué parte estará la verdad. «Suponemos que en ambas habrá algo de exageracion ó de pasion; pero de todos modos parece resultar que la muerte de Castañon no fué tan alevosa como al principio se creía.»

Cumple á nuestro deber suplicar á nuestro ilustrado colega que consulte las noticias publicadas en los diarios de la capital de Cuba, relativas á ese desgraciado acontecimiento y encontrará en ellas la demostracion de que nuestro compañero y amigo, sucumbió víctima de un asesinato.

Allí encontrará las *proclamas* ó *edictos* de la autoridad de Cayo Hueso y del gobernador de la Florida, ofreciendo cada uno 500 pesos por la captura del criminal, cuyo nombre se publica en esos documentos oficiales, y que se habia fugado ó permanecía oculto para salvarse de la imposicion del castigo que le impone la ley de aquel país.

Esos datos son bastantes para contradecir las inexactitudes de la carta mencionada, y si necesario fuese, puede tambien recordarse la manifestacion del pueblo de Cayo Hueso desaprobando el crimen, y tributando á los restos de nuestro infortunado compatriota, el respeto y la simpatía que siempre se tienen por la víctima de una accion infame.

Y nos queda que rectificar una falsedad de la repetida comunicacion. Ni Castañon fué instigador de la matanza de todos los cubanos, ni ha ocurrido tal matanza. Respecto de lo primero podemos aseverar presentando sus escritos, que si bien, al igual de muchas personas que nunca han sido calificadas de instigadores de desórdenes, pedia se observase una conducta enérgica en el castigo de los incendiarios y bandidos que devastaban el país, siempre hizo una justa distincion de los cubanos leales, cuya amistad buscaba y á los que dedicaba aplausos en las columnas de la *Voz de Cuba*.

Por lo que hace á las *matanzas* de Cubanos, invitamos á los que tal aseveren á que digan cuándo y cómo ocurrieron: nosotros que desde ántes de estallar la insurreccion hasta el 30 del pasado Enero permanecimos en el país, prometemos contradecir pública y victoriosamente esa inexactitud.

Anoche asistieron al seno de la comision de las Cortes que entiende en el proyecto de ley sobre derecho diferencial, los comisionados de Santander y Bilbao que han venido á gestionar la modificacion de dicho proyecto. En el debate tomaron parte entre otros los señores Ramos Calderon, marqués de Sardoal, Isasi, diputado bilbaino, y Anzoleaga que es uno de los seis comisionados de dicha provincia.

La comision que dió dictámen sobre la declaracion del cabotaje el comercio y la navegacion entre la Península y nuestras posesiones de Ultramar, se ha reunido para oír las reclamaciones de dos distintos grupos de interesados, uno de los navieros y otro de la produccion azucarera. Tal fué la concurrencia, que estaba casi lleno el salon de Presupuestos. Usaron de la palabra los Sres. Villalobos, García Briz y Toro y Moya, en representacion de Granada, Málaga y Almería. Tambien les apoyaron los Sres. Valera y Alcalá Galiano, hablando en contra el Sr. Plaja y otros diputados de Puerto-Rico. Esta noche vuelven á reunirse, y es probable usen de la palabra los representantes de los navieros que han venido en gran número de Galicia, Santander y otras provincias. El Sr. Plaja, con abundancia de razones y datos estadísticos, probó que la libre introduccion de azúcares no sólo no perjudica á la industria andaluza, sino que contribuiría á levantar las industrias de refinaria y otras en la Península. Des hizo por completo los argumentos de los diputados andaluces, mereciendo por su energia y conocimientos, los plácemes de los concurrentes. Concluyó probando, que como provincias españolas, nuestras Antillas, tienen derecho á la consideracion de cabotaje para su comercio, de que gozan todas las provincias de la Península.

Con satisfaccion reproducimos el siguiente decreto:

«En atencion á los relevantes servicios del ejército que, soportando toda clase de penalidades, se halla combatiendo la insurreccion de Cuba, y queriendo darle colectivamente una prueba de la alta estimacion que me merecen su constancia, valor y sufrimiento;

Como Regente del Reino, conformándome con lo que me ha propuesto el ministro de la Guerra de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El tiempo servido en el ejército de operaciones de la isla de Cuba se abonará doble por los efectos expresados en el real decreto de 25 de Abril de 1815 á todos los individuos de las diferentes armas é institutos que lo componen, siempre que hayan estado presentes en él, por lo menos dos meses, y asistido á dos ó más acciones de guerra.

Art. 2.º Los heridos y los enfermos de dolencias propias del país, con tal que estos últimos hubieren asistido á algun hecho de armas, obtendrán, al concluirse la guerra, el abono de seis meses si no les correspondiese el que por punto general se señala en el artículo anterior.

Art. 3.º La campaña empezará á contarse desde el día 11 de Octubre de 1868 en que tuvo lugar el primer encuentro con los insurrectos levantados en Yara hasta la fecha en que se dé por terminada.

Art. 4.º Las clases de tropa podrán optar al abono que les corresponda segun el caso en que se encuentren, con aplicacion á sobresueldos y pluses de reenganche, ó bien para los retiros á que tengan derecho.

Madrid cuatro de Marzo de mil ochocientos setenta.—Francisco Serrano.—El ministro de la Guerra, Juan Prim.»

La *Nacion* anuncia, que el señor ministro de Ultramar tiene acordada la supresion de la Sala de Indias del Tribunal de Cuentas, cuyo decreto aparecerá en la *Gaceta* dentro de breves dias, y que las cuentas de las islas de Cuba, de Puerto-Rico y Fernando Póo, serán examinadas por el Tribunal de Cuentas de la Península. De manera que las tres Islas que hemos citado se

considerarán para estos efectos como provincias del interior de la Península, puesto que todo cuanto examina hoy la Sala de Indias referente á cuentas, declaracion de derechos pasivos, jubilaciones y demás, quedará en adelante á cargo del Tribunal de Cuentas.

Además se crea un Tribunal de Cuentas para las islas Filipinas, que residirá en Madrid, y que entenderá en todo lo que concierne á aquel Archipiélago.

Poco tendríamos que objetar á este pensamiento si no nos pareciera relacionado con otra grave cuestion pendiente.

La comision de Presupuestos nombró ayer tarde, para examinar los de Cuba, á los Sres. García, Peset, Madoz, y Pi; para los de Puerto-Rico á los Sres. Lopez Dominguez, Villavicencio, Prieto, y Sardoal, y para los de Filipinas á los Sres. Becerra, Cuevas, Tutau, y Vado.

## ÚLTIMA HORA.

Las gestiones hechas por el Duque de Montpensier para obtener satisfaccion de D. Enrique de Borbon, han dado por resultado un duelo á pistola que se ha verificado ayer, quedando muerto en el acto el último nombrado de estos dos contendientes.

Mientras no demos á nuestra publicacion otra forma, rogamos á nuestros suscritores y apreciables colegas en la Prensa, no estrañen la índole y dimensiones de algunos artículos, pues á ello nos obligan dos motivos:

1.º La precision imperiosa de decir la verdad sobre la situacion, necesidades y sucesos de las Antillas.

2.º El deseo de refutar á la vez las apreciaciones erróneas de nuestros adversarios, teniendo que condensar en una contestacion comun, las cuestiones análogas de que se hayan ocupado diversos periódicos.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Se reciben suscripciones á este periódico en esta redaccion, plazuela de Santa Catalina de los Donados, núm. 2, y en las librerías siguientes: Duran, Carrera de San Gerónimo; Leocadio Lopez, calle del Carmen; San Martin, Puerta del Sol; de la Victoria, pasage de Mathen.

Las personas que quieran suscribirse desde provincias, pueden hacerlo enviando el importe á esta administracion, lo ménos de un trimestre.

## PRECIOS Y CONDICIONES DE SUSCRICION.

En Madrid. . . . . 4 rs. al mes.  
En Provincias. . . . . 15 rs. trimest.

IMPRENTA DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.  
Calle de los Dos Amigos, núm. 10.